

## *Sensaciones de una amistad*

¿Cómo es posible que el Amedeo visto en la fotografía con los mechones hacia arriba, quizás asomándose a un puente, fuera un conocido? Amedeo murió en 1920. Lo confirma una máscara mortuoria negra hecha en ébano u obsidiana, me importa sólo el color, y el que uno ve en las cosas es un color con rugosidad o tersura, que tiene siempre el compromiso del tacto. No el de las fotografías.

Harto estoy de que los filmadores me digan lo que hay que ver; y de los publicistas, esa especie de políticos de la Modernidad. En el campo manoseo las piedras y los montes, soy una bestia herida que busca los matorrales para morir. Ando por las ciudades refregándome en sus muros, deseo que las torres y las estatuas se me vengan encima. Carne lacerada y llamas, algo, algo que me diga que las cosas son un abominable compuesto material. Algo que no sean imágenes y correrías de figuras dentro de los ojos.

Sin embargo Amedeo había muerto. Lo decían los libros que no pueden mentir. También lo decía el certificado de defunción de su mujer, que se arrojó desde un décimo piso. No aclaraba que Amedeo hubiera muerto, porque el certificado no era de su muerte,

pero sí que la fallecida no tenía esposo viviente. Tal vez pusieron eso para despejarnos de dudas. Al segundo día de la muerte de él se había suicidado ella atada a la cuerda de Amedeo, que murió de tuberculosis.

Entré a la exposición donde vi la foto de Amedeo con ese mechón al viento y que me pareció la foto de un viaje, por los mismos paisajes donde estuve el año pasado. Se le veía el pelo arremolinado por esos vientos de los Alpes que llaman al aquelarre y al oxígeno.

Pensé: este señor se ha muerto como se le mueren a uno los viajes luego de que los ha hecho: "este señor", que es como el título de los muertos.

Vi primero los dibujos, especie de bosquejos en cuatro líneas. Adamico había encontrado la intersección entre la sensualidad y la forma. Adamico acariciaba a sus mujeres con el lápiz, Adamico llegó antes que Adán.

Adamico también usó el color. Yo lo desafié a esa guerra entre la imagen y las cosas, con los dibujos me había dejado tambaleante. Pero tal vez fueran nuestras cábalas simbólicas, quizás antes del lápiz, su mano y mi corazón ya estuvieran confabulando, antes de ese típico acto de entrar a una exposición y sentir los techos bajos y la unción impenetrable de la gente.

Con las pinturas era distinto. Allí empecé a sentir que Adamico se burlaba. ¿Cómo podía ser que todos los rostros fueran ovales? Creí tener una clave: Adamico simplificaba, pretendía que uno cayera en su origina-

lidad lunar, y sintiera que, en esos rostros asomados a la luz del día, su ojo, el de Adamico, era capaz de ver un rasgo, el detalle que clava para siempre a la figura, como el alfiler a la mariposa.

Caminé hacia el otro lado del museo. Al pasar frente a la fotografía, me pareció que su gesto aludía a otra cosa. Yo andaba extraviado. Ese ala era sólo de pinturas.

¿Cómo llegar a la clave que las unía a los dibujos?

No sé cuánto tiempo estuve ante cada una de ellas. Recuerdo a la gente que pasó delante como sombras; pasaron tan raudos que el campo de visión siempre quedaba libre para mí. Se apagaron las luces y yo seguía allí a solas con las lunas de Adamico. Un ordenanza me indicó que saliera. No pude mirar de nuevo la foto de Adamico Modigliani.

En la acera veía rostros idénticos a los hallados en los cuadros. Bajé por la avenida ancha rumbo a la plaza. Cantó un mirlo, pero en el árbol vi un mejillón con el ojo azul y el pico anaranjado. Chicas con piernas de submarino, cabezas salidas de la peluquería como pinos mediterráneos, hombres con caras de plato donde bajaban las palomas a comer. "No puede ser", me dije. Y volví a putear a los filmadores y a los publicistas que nos habían puesto tantas señales, como a cobayos de laboratorio. Adamico, tu cara me recuerda la de un amigo, italiano eras tú, italiano de chianti y pasta asciutta. ¿De qué puente salías con esa cara de comerte el mundo?

Fuera los semáforos temblaban en manguantes lunas naranjas. Entonces tomé por el paseo del medio donde sólo circulaban peatones. En ese infierno de caras ovaladas, coloreadas a pincel y brocha, la foto de Adamico en blanco y negro era lo único fijo. Miraba sin ver las cosas, y a veces miraba a Adamico. Mis manos también se habían oblongado, los dedos como velas. Yo me había vestido "normal" ese día; recuerdo que al levantarme quise vestir de blanco para que no me influyera ningún color. Si el cuerpo es el asiento de uno, el templo del alma, como decían los caraduras del Medioevo, yo ese día deseaba andar de blanco. De paso no haría publicidad a ninguna bandera de las que colgaran en esa avenida, por tantos reyes y presidentes en visita ilustre. Ni de banderas, ni de primaveras. Ningún color. Pero en mi cuerpo lucían, azules y naranjas, las rayas y los jeroglíficos ovals.

Me senté en un banco del paseo. A las formas ovals y al color se sumaron estridencias: mandíbulas de hierro triturando piedras, sirenas de avión en la calzada, máquinas, bombas, no sé cuánta borrasca de catástrofe.

—¡Paren, por favor! ¡Paren...!

Quedé sordo de mi propio grito, gesticulando para desatranchar los oídos. A mi alrededor no había nadie.

¿Me habrían abandonado? ¿O no me oyeron?

Por mi antebrazo caminaba una hormiga. Era oscura, con la panza oblonga. Fue subiendo. Yo no quería matarla. Me gustaba su tanteo nervioso, ese veloz

diálogo de ensayo y error. Tal vez pudiera recuperar la paz, el alivio de las figuras. Sobre su misma forma, en un proceso que se me escapó como esos sueños tensos que uno olvida antes de despertar, de la hormiga brotó un elefante. Con sus enormes pies andaba por mi antebrazo. Un elefante loco, perdido de su manada o herido en el vientre. No sé las proporciones de mi brazo, pero sí que el elefante iba por allí y yo no podía quitarle de encima mis ojos aterrados. El elefante era azul y encima vi a Adamico, con la misma figura que en la fotografía. No sé de dónde saqué fuerzas, pero supe que debía acabar con eso. Sin embargo yo no quería matar. Con el arma de siempre me hubiera bastado. No la llevo por oficio de estar armado. Eso era antes, en aquel país...

Ahora la llevo porque me gusta, en este país nadie palpa de armas a nadie. Allá no, compañero. El ciudadano más inverosímil de golpe podía ponerte con las manos en el cielo. Sí, el más insignificante. Entonces, tuvieras o no que ver en la cosa, de últimas andabas pensando que tu arma debía salir escupiendo plomo. Llevar la 7,65 es como llevar un anillo. El signo de los teósofos. ¿Pero iba a matar yo a Adamico que cabalgaba en un elefante azul? Ese mechón lo volvía casi adolescente, como yo en aquella época, claro... ¿1920?

Sacudí violentamente el brazo, lo hice girar como una hélice y tomé impulso hacia la plaza. Me fui aquietando, en agua de estanque quise convertirme.

“Tal vez tenga que comer algo” dije. “El hambre apretando las entrañas produce ácidos que suben al cerebro. Los chamanes ya lo sabían. A veces se atormentaban para alumbrarse por dentro, para abrir las puertas del cielo o del infierno”. Quizá yo no hubiera comido. Uno nunca sabe por qué le pasan esas cosas. Miré minucioso a los costados, y en las galerías de tiendas ovals o negras como panzas de hormiga, todo estaba cerrado. Todo como en un domingo cualquiera. Creí tener una clave: la figura de Adamico volvía a mi retina sin esfuerzo. Si yo pensaba intensamente en ella, por asociación quizá pudiera encontrar una cara en blanco y negro, una casa, un tiesto para los árboles o la basura. Desde ese punto podría ir recuperando el color. Poco a poco, con los primarios de comienzo, una forma tan simple, tan poco creíble como la fotografía de Adamico Modigliani saliendo de un puente en 1920. ¿Un puente? ¿Adamico o Amedeo? Sin embargo, sentí la furia del sordo enfrentamiento, el vértigo de la foto de Adamico caballero insomne en su batalla incruenta contra máquinas y rostros ovals de colores que él mismo había conseguido y ahora quería devastar.

Quizá ya muy cerca de la plaza, perdido, tomé una decisión drástica. No iba a terminar enredado en mis propias redes. “Todavía la vida puede ser más simple”, me dije. Y es todo lo que recuerdo de antes de despertarme aquí, en esta hilera de camas blancas. Antes de que ese coche desbocado me salvara de pegarme un tiro.